

lago Marcasio el cuerpo y cabeza de S. Eugenio, á quien construyó un templo magnífico en Diolo para que fuesen veneradas sus reliquias. Hallóse el sagrado cadáver y la cabeza, despues de tantos siglos como habia estado entre el agua y el cieno, tan entero é incorrupto como si en aquella misma hora le hubiesen echado. Este portento, juntamente con los continuos favores que Dios dispensaba á todas las gentes de aquella comarca por la intercesion de S. Eugenio, dió tanto aumento á su culto, que todas las gentes acudian á su patrocinio en las mayores necesidades. En una de ellas fueron llevadas las sagradas reliquias por los habitantes de Diolo á la iglesia de S. Dionisio de París para hacer allí rogativas públicas con que aplacar los divinos enojos. Acabaron los diolenses sus devotos ejercicios, y quisieron volverse á su pueblo en procesion como habian venido, llevándose consigo las reliquias de su santo mártir. Procuraron ejecutarlo por todos los medios; pero el arca en donde estaban encerradas las sagradas reliquias se hizo inmóvil, de manera que no fué posible conseguirlo. Entendióse ser voluntad de Dios que el Santo quedase en aquel lugar; y aunque los diolenses manifestaron al principio sumo dolor por la pérdida de tan gran tesoro, se consolaron despues viendo que era determinacion divina el que san Eugenio fuese venerado en el mismo sitio en que lo era su compañero y condiscípulo S. Dionisio. Esto se manifestó claramente; porque habiéndose llegado los monges de aquel monasterio á mover el arca, las sagradas reliquias se dejaron llevar fácilmente á una capilla, en donde la colocaron con grande aparato.

Mientras los diolenses disfrutaban el precioso tesoro de las reliquias de S. Eugenio, y los monges del monasterio de S. Dionisio se enriquecian con él á costa de los prodigios del cielo, la iglesia de Toledo, que era la verdadera acreedora á tanta riqueza, carecia, no solamente de las reliquias de su primer prelado, sino aun de la noticia de que este hubiese sido S. Eugenio. El decurso de los tiempos, las varias irrupciones que padeció España en los primeros siglos del cristianismo, y lo que es más que todo, el haber padecido el santo martirio en reino extraño, habia borrado de tal manera su memoria, que hubiera quedado para siempre aniquilada si un acaso dichoso no lo hubiera precavido. En el año de 1148 se celebró en Rems un concilio, al cual asistió D. Raymundo, arzobispo de Toledo. Con este motivo, hallándose en el monasterio de S. Dionisio de París, advirtió en la capilla de S. Eugenio una inscripcion estraña que llamó todas sus atenciones. La inscripcion decia así: *Aquí descansa Eugenio mártir, primer arzobispo de Toledo*, la cual, sin embargo del

dictado de arzobispo, que ni en los primeros siglos, ni en todo el tiempo de los godos tuvieron los prelados de Toledo, bastó para informarse de los motivos que tenian aquellos monges para venerar al Santo con este título. Reconoció los muchos y sólidos fundamentos deducidos del archivo del monasterio, que probaban una bien fundada tradicion. Persuadióse á que realmente aquel S. Eugenio habia sido primer prelado de su iglesia. Comunicó á ésta noticias tan felices y agradables, y la puso en términos de que solicitase y consiguiese la traslacion de un brazo del Santo desde el monasterio de S. Dionisio á la santa iglesia catedral de Toledo. Sin embargo de haber conseguido esto, siempre suspiraba la santa iglesia por la entera posesion del primer padre de su fe; los cuales suspiros fueron oídos por Dios en tiempo de Felipe II, quien allanó todas las dificultades que no habian podido supérar en otro tiempo muy poderosos monarcas. El hijo de Carlos V consiguió que los monges de S. Dionisio se allanasen á hacer la entrega de todo el cuerpo de S. Eugenio; y habiendo dado comision á D. Francisco Manrique de Lara, canónigo de Toledo, se dispusieron todas las cosas tan bien, que en 18 de noviembre de 1565 recibió la santa iglesia catedral de Toledo, y primada de las Españas, los sagrados despojos de su primer prelado y mártir de Jesucristo S. Eugenio. Esta traslacion se hizo con toda la pompa y aparato que podia desearse en ocasion de tanto júbilo. El mismo rey Felipe II, Carlos, su hijo, y los sobrinos suyos, archiduques de Austria, llevaban sobre sus hombros la preciosa urna en donde iba guardado el preciosísimo tesoro. Colocóse en el altar mayor de la santa iglesia, en donde ha sido venerado como patrono, y el Santo ha favorecido á los toledanos y demás fieles del obispado como verdadero padre suyo.

SAN LEOPOLDO, MARQUÉS DE AUSTRIA, CONFESOR.

LEOPOLDO, cuarto de este nombre, llamado comunmente desde su infancia el Piadoso, fué hijo de Leopoldo III, y de Itta, hija del emperador Enrique IV. Por atender diligentemente á las instrucciones en los misterios de Dios, y entender continuamente en las máximas del Evangelio, llegó á saber que no habia mas que un camino y una regla de salvacion para príncipes y para particulares: ésta la estudió con aplicacion, y desde su infancia procuró dirigir por ella sus acciones. En su juventud hizo con el estudio un repuesto mediano de doctrina; pero el principal objeto de sus tareas fué siempre vivir solo para la eternidad, doblegar sus pasiones, mortificar sus sentidos, renunciar de

los deleites del mundo, gastar mucho tiempo en oracion y meditacion, y aplicarse al ejercicio de toda buena obra, especialmente á las limosnas y oficios de caridad. Por muerte de su padre consideró haber llegado el tiempo de ser obligacion indispensable suya procurar por todos los medios imaginables la felicidad de la numerosa nacion que habia quedado á su cargo. Los austriacos entonces, ó por los años de 1096, era una gente grosera y supersticiosa; era pues necesario docilizar sus espíritus, imbuirles en los principios de la razon y de la sociedad, y hacerles cristianos. La obra era ardua y odiosa, por lo que el Santo se preparó para ella pidiendo á Dios encarecidamente aquella sabiduria que era necesaria para tal empresa; y en efecto, con la bendicion divina, y á esfuerzos de su actividad, tuvo el suceso que no debia naturalmente prometerse. Era afable con todos, procuraba hacer bien á cada uno de por sí, y alivió en cuanto pudo las cargas públicas de su pueblo. Su palacio parecia habitacion y asiento de la virtud, de la justicia y del bien. Cuando se veia obligado á contener los vicios con el castigo, procuraba persuadir á los culpados á sufrir la pena con paciencia y con espíritu de penitencia; y les hacia conocer que era justo el rigor de que en tales ocasiones usaba. Perdonaba á los malhechores siempre que no lo repugnaba la prudencia; porque consideraba que el mantener la justicia, la paz y la salud pública dependia de la exacta obediencia y ejecucion de las leyes.

Cuando se rompió la guerra civil entre el descomulgado emperador Enrique IV, y su propio hijo Enrique V, empeñaron á Leopoldo á que se agregase al último, á cuya causa daba él mayor justicia y razon. Los motivos de la religion y de la justicia, y la autoridad de otros, le determinaron á dar este paso; no obstante Cuspiniano nos dice, que despues hizo una admirable penitencia por la parte que habia tenido en aquellos pasajes. En el año de 1106 tomó por mujer á Inés, virtuosa y completa princesa, hija del emperador Enrique IV, hermana de Enrique V, y viuda de Federico, duque de Suabia, de quien habia tenido ella á Conrado, despues emperador, y á Federico, padre de Federico Barbarroja. De S. Leopoldo tuvo diez y ocho hijos de los cuales murieron en la infancia siete: los demás hicieron sus nombres famosos con sus acciones grandes y virtuosas. Alberto, que era el mayor, despues de haber dado grandes pruebas de un valor nada comun, y de mucha pericia militar, murió en Pannonia, pocos dias despues que su padre. Leopoldo, hijo segundo, sucedió á su padre en Austria, y reinó tambien en Baviera. Oton, hijo quinto, hizo grandes progresos en sus estudios en

París, se hizo monge cisterciense, y abad de Morimond, fué despues electo obispo de Frisingen, acompañó al emperador Conrado á la Tierra Santa, y murió en Morimond con grandes sentimientos de piedad. Su famosa crónica desde el principio del mundo, y otras obras, son monumentos de su aplicacion á los estudios. La marquesa Inés queria tener parte tambien en todas las buenas obras de su marido. Leia con él las santas Escrituras, y con júbilo interrumpia su sueño de noche para levantarse al comun oficio nocturno de la Iglesia, á que ambos consortes añadian algunas meditaciones sobre las verdades de la vida eterna. Leopoldo fundó en el año de 1117 el monasterio de la Santa Cruz del orden Cisterciense, doce millas italianas distante de Viena, cerca del castillo de Kalnperg, donde él vivia. Hubiera querido el Santo y su religiosa mujer no levantarse jamás del pié del altar cantando las divinas alabanzas; pero obligados por su estado en el mundo á atender tambien á los negocios temporales, aunque en todos ellos encontraban á Dios, cuya voluntad y cuya gloria se proponian en cuanto habian de obrar, resolvieron fundar un monasterio de canónigos regulares, que pudieran sustituirse en lugar de ellos, para celebrar dia y noche las funciones angélicas que ellos no podian por sí. Este pensamiento lo ejecutaron con la fundacion del noble monasterio de nuestra Señora de New-Clausterberg, ocho millas de Viena. El marqués por humildad no quiso poner la primera piedra, sino mandó que la pusiese un sacerdote en su nombre. La iglesia fué dedicada en el año de 1118 por el arzobispo de Salzburgo, asistido del obispo de Passau, del diocesano y del obispo de Gurck. Esta fundacion fué confirmada por el papa, y por una auténtica de Leopoldo, donde se titula muchas veces *marqués oriental* en lugar de marqués de Austria, firmada de Ottacar, marqués de Stiria, y de otros muchos condes y nobles, en presencia de los obispos, que fulminaron una excomunion con terribles anatemas contra cualquiera que osase violar los derechos de este monasterio, ó injuriar y molestar á los pobres siervos de Cristo, que seguian allí la regla de S. Agustin.

Estéban II, rey de Hungría, invadió el Austria, pero fué rechazado de Leopoldo, que derrotó sus tropas en una accion muy señalada. Los húngaros volvieron algunos años despues, pero les salió al encuentro el marqués á sus fronteras, y quedó su ejército tan maltratado, que se dieron por muy dichosos en poder salvar el resto con la fuga. Por muerte de Enrique V, en el año de 1125, algunos de los electores y otros desearon elevar á Leopoldo á la dignidad imperial; pero prevaletió la eleccion de Lo-

tario II, duque de Sajonia. Conrado y Federico, hijos de Inés y del duque de Suabia, que habian sido tambien de los candidatos, levantaron muchos disturbios en el imperio; mas al fin vinieron ambos á ser emperadores sucesivamente. Pero Leopoldo adhirió tan fielmente á Lotario, que le dió pruebas evidentes de su desinterés, y le manifestó cuan léjos estaba su corazón de los vicios de la ambición y de la envidia. Acompañó al emperador, como amigo suyo, en su viaje á Italia. Despues de un glorioso reinado fué visitado de su última enfermedad, en que confesó sus pecados con muchas lágrimas, recibió la Estremauncion y demás sacramentos de la Iglesia, y sin cesar de llamar á Jesus su redentor, ni de encomendar su alma en sus manos por los méritos de su preciosa muerte, con admirable tranquilidad y resignacion pasó al estado de una feliz eternidad en 13 de noviembre del año de 1136. Fué enterrado en su monasterio de New-Clausterberg, dos millas germánicas de Viena, y en su aniversario y el de su mujer se distribuyen todavía por la comunidad grandes limosnas á todos los pobres que acuden á recibirlas. S. Leopoldo fué honrado por Dios con muchos milagros, y canonizado por Inocencio VIII en el año de 1485. (Buller.)

La misa es en honor de S. Eugenio, y la oracion la que sigue:

O Dios, que consagraste este día con el martirio del bienaventurado Engenio tu mártir y pontífice, concédenos, Señor, que por los méritos de aquel

cuya festividad celebramos con alegría consigamos el don precioso de tu gracia. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 1 del apóstol Santiago.

Carísimos: Bienaventurado el varon que sufre la tentacion: porque quando fuere examinado recibirá la corona de vida que prometió Dios á aquellos que le aman. Ninguno cuando es tentado, diga que es tentado por Dios; porque Dios no es tentador de cosas malas: pues él á nadie tienta. Sino que cada uno es tentado por su propia concupiscencia, que le saca de sí

y le aficiona. Despues la concupiscencia, habiendo concebido, pare al pecado; y el pecado despues, siendo consumado, engendra la muerte. No queráis, pues, errar, hermanos míos muy amados. Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de arriba, descendiendo de aquel Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de vicisitud. Porque él de su volun-

tad nos engendró por la palabra de verdad, para que sea-criatura.

REFLEXIONES.

El que es tentado no diga que Dios le tienta, pues Dios no es capaz de tentar al mal. El alma se espone por su propia concupiscencia al aire mas contagioso, y desafía á los peligros: échase á dormir sobre el borde del precipicio, y despues grita contra la violencia de la tentacion, y contra la viciosa propension de la naturaleza corrompida. Causa verdaderamente lástima oír que es la salvacion y del gran número de impedimentos para conseguirla. Todo es tentacion, dicen, todo es escollos, todo lazos: vivimos en país enemigo, y hasta de nuestro mismo corazón hemos de desconfiar. El tentador está de inteligencia con todos nuestros sentidos: son pocos los objetos que no están envenenados: el veneno se introduce por los ojos: las diversiones mas inocentes y lícitas sirven muchas veces de lazo y de artificio para enredar el alma. Todo eso es así. Pero y bien, ¿en esta generalidad de riesgos, qué armas, qué preservativos, qué auxilios, qué medios tomamos? Al menor ruido, al mas leve rumor de peste ó de contagio se alborota todo el país, todos huyen, todos lo abandonan. Ni interés particular, ni razon de amistad, ni vínculo de parentesco, ni respetos de decencia, nada basta para detenernos. Se priva cada uno del juego, del paseo, de la conversacion, del comercio. Academias, diversiones, visitas, espectáculos, todo se cierra, todo se interrumpe, todo cesa. ¿Y todo eso por qué? por la salud, por el temor de la muerte, por el amor á la vida. ¿Y la salvacion? ¿y el temor del infierno? ¿y el deseo de la bienaventuranza produce los mismos efectos? ¿Con qué seguridad se esponen los hombres á los mayores peligros de la salvacion? ¿Con qué obstinacion se mantienen en medio de las llamas? ¡Y despues se quejan de su ardor y de su vivacidad! Derrámanse en medio del mundo: van á buscar las concurrencias donde todo conspira á corromper los sentidos, á irritar las pasiones, á estrañar las costumbres, á debilitar la fe, y á perder el alma. Y despues echan la culpa á la naturaleza y á su viciosa inclinacion. Acusan al tentador, acusan á la tentacion, y falta poco para que acusen también á la divina Providencia. Aunque el enemigo de la salvacion no se acordara de nosotros, ¿serian los hombres menos tentados de lo que son, siendo ellos mismos sus mayores tentadores? ¿Qué necesidad tendrá el demonio de tentar á los jó-

venes en aquellas concurrencias donde siempre está desterrada la inocencia, en aquellas diversiones donde no estaría segura la virtud mas arraigada? Desengañémonos, ninguna cosa puede eludir aquel oráculo infalible: *el que ama el peligro, perecerá en él*. Si se conservára la inocencia en medio de esas peligrosas ocasiones, los mas disolutos harian mayores milagros que los Santos. A nadie tienta Dios, cada cual es tentado por su propia concupiscencia, que él mismo irrita y enciende mas.

El Evangelio es del cap. 12 de S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: De verdad, de verdad os digo que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, fructifica con abundancia. Quien ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, la custodia para la vida eterna. Si alguno me sirve, sigame; y en donde esté yo, allí ha de estar mi siervo. Y aquel que me sirva á mí, será honrado por mi Padre.

MEDITACION.

De la santidad de la vida.

PUNTO PRIMERO. — Considera que el destino de los mundanos, siempre hambrientos, y siempre sedientos de los bienes sensibles, es no estar nunca contentos; como al contrario la suerte de las almas timoratas y virtuosas, hambrientas y sedientas de la justicia, es hallar en los caminos de la santidad con que saciar y satisfacer toda la estension de sus deseos. En medio de eso, siendo la santidad el único bien del hombre, es puntualmente el único bien que el hombre no desea. Este único bien, que solo él es capaz de saciar nuestro corazon; este excelente bien, que solo él nos puede hacer dichosos; este precioso bien, que solo él es lleno, sólido y real, es aquel tesoro escondido del Evangelio cuyo valor no se conoce. No se considera su importancia, ni sus grandes atractivos, y se ignora la facilidad con que se puede adquirir, á pesar de todos los estorbos. Tres errores reinan en el mundo acerca de la santidad que entibian el fervor de los cristianos, que los quitan, ó por lo menos los embotan el deseo de ser santos, tanto en el estado religioso, como en el secular. Por mas que se diga, es cierto que se estima poco en el mundo la santidad. Respétase (es así) aquellos hombres virtuosos

del tiempo pasado, cuya memoria veneramos; pero no sé por qué caprichosa estravagancia se miran con desprecio los virtuosos del tiempo presente. Trátanse como á unos pobres simples á los que abrazan el partido de la devocion, y hacen pública profesion de seguirle. En medio de eso no hay mejor prueba de su entendimiento sólido, excelente, superior, que esta hambre, esta ardiente sed por la santidad. Luego que el Espiritu Santo declamó en la Escritura la vanidad de las ocupaciones de los hombres, acabó con estas palabras: Teme á Dios, y guarda sus mandamientos, porque esto es ser verdaderamente hombre. Si se formára verdadera idea y concepto claro del don mas excelente entre todos los dones de Dios, ninguno dejaria de aspirar á la santidad con aquel ardor, con aquel ansioso deseo que nos quiso significar el Salvador del mundo por las espresiones figuradas de hambre y sed de la justicia. Ya se considere al hombre con respecto á Dios, que es su principio y su fin; ya se le mire con relacion al comercio y á la sociedad civil, cuya parte constituye; ya se le atienda con reflexion á sí mismo de quien es responsable; no se hallará cosa mas grande, ni mas digna de ocuparle, que el cuidado de su santificacion. Todos estamos en el mundo únicamente para conocer á Dios, para amarle y para servirle; no fuimos criados ni lo pudimos ser para mas alto fin. Toda nuestra grandeza consiste en agradarle: esto solo se consigue por medio de la santidad; ella sola nos merece su aprobacion y su gracia; ella sola nos comunica el mérito verdadero; ella sola nos hace respetables á los hombres y á los ángeles; ella sola nos puede hacer eternamente dichosos. ¡Y con todo eso no es la santidad el objeto de nuestros deseos, de nuestra ambicion, y de todas nuestras ansias!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que aun consultando precisamente á la luz de la razon natural, no se encuentra mayor grandeza en la tierra, que la vida de una persona dedicada únicamente al cuidado de servir á Dios. Cuando en medio de los embelesos, de los pasatiempos, de las pretensiones y de los negocios que reparten entre si el corazon de los hombres, y se sorben toda su aplicacion, ves un hombre segun el corazon de Dios, como un S. Eugenio, y como tantos otros Santos que en este mundo no aspiraron á otra cosa que á la dicha de agradarle, que consideraron como su principal obligacion, como su mas estimada herencia el cumplimiento de la ley de Dios; cuando se nos ponen delante de los ojos unas personas, cuyo carácter es la pureza de costumbres, la rectitud, la prudencia y la buena fe; unas perso-

nas humildes, modestas, exentas de los asaltos, de los ímpetus de las pasiones, cuya inalterable mansedumbre, cuya caridad universal y cuya ejemplar virtud es objeto de la admiración común; ¿no nos parecen estas personas las más cuerdas, las más grandes, las más estimables de todos los hombres? En esto consiste, pues, la verdadera grandeza; esto constituye el mérito verdadero. Toda otra grandeza envejece con nosotros, y por decirlo así, se va debilitando con la edad; por lo menos es cierto que se acaba con la vida. La muerte despoja al hombre de todos sus bienes; el más brillante esplendor se apaga con el último soplo: ¿qué es lo que queda en el sepulcro de todas las grandezas humanas? Solamente la santidad es aquel precioso tesoro, cuyo valor no puede disminuir el tiempo; es aquel único bien de que no nos despoja la muerte, antes bien la misma muerte da nuevo lustre á la santidad: los Santos son mayores cuando muertos que cuando vivos, y nunca se respeta más la santidad, que cuando la aseguró ya la sepultura. Por eso Dios, á quien toca privativamente hacer juicio sano de la verdadera grandeza, no reconoce otra que la santidad. Lo que parece grande á los ojos del mundo, es abominable á los de Dios; y lo que parece despreciable á los hombres, es grande en su presencia. *Erit magnus*, dijo el Espíritu Santo de S. Juan Bautista, y se puede decir de todos los demás Santos. ¿Pero qué grandeza puede representar á los ojos mundanos un hombre sepultado en un desierto de que bienes y sin empleos? Te engañas; será Santo, y por lo mismo será grande. No nos imaginemos que mide Dios la grandeza por la regla de nuestros sentidos, ni por el sistema que se forma el espíritu del mundo. ¿Cuántos Santos nacieron de familia oscura, plebeya, pobre, humilde, y pasaron la vida humillados, abatidos y olvidados? Sin embargo, fueron grandes, porque fueron Santos; y los mismos grandes del mundo, los prudentes del siglo rinden hoy homenaje á su prudencia y á su grandeza verdadera. Ya no tratan de simpleza aquella observancia de las cosas más menudas, aquella exactitud en sus pequeñas devociones, aquella circunspección, aquella puntualidad, aquella delicadeza de conciencia.

Haced, Señor, que desde luego forme aquel concepto de la santidad, que he de formar en la hora de la muerte; aquel que formais vos, ó Sabiduría increada, y aquel propio que yo mismo he de formar por toda la eternidad. Pero ya que me dáis estos pensamientos, dignaos; Señor, darme gracia para que sean eficaces. Confiado únicamente en esta gracia, y en la seria voluntad que tenéis, mi Dios, de que sea Santo, propongo desde hoy tra-

bajar en mi santificación con toda mi alma, con toda mi aplicación, y con todas mis fuerzas posibles.

JACULATORIAS. — Resuelto estoy, Señor, á guardar inviolablemente tu santa ley toda mi vida: ayuda mi flaqueza, y no me desampares. (*Psal. 118.*)

Meditaré sin cesar tus mandamientos, y me ejercitaré en los caminos que guían á ti. (*Psal. 118.*)

PROPOSITOS.

1 No siempre son los grandes servicios los que más se estiman y más se agradecen en el mundo: muchas veces un obsequio, que en sí es de poca monta, no se considera como tal cuando se cree que nace de una fuerte pasión, y de una ansiosa inclinación á complacernos. Esto es más cierto en el servicio de Dios, en el que son iguales las cosas grandes y pequeñas; porque más atiende Dios al motivo y al afecto del corazón, que á la sustancia de la obra. El deseo mismo de agradarle en las más mínimas acciones, es el único principio de la verdadera grandeza. Agradamos á Dios desde que tenemos verdadero deseo de agradarle, á diferencia de los grandes del mundo, que solo estiman el servicio, sin dárselos nada por la intención. El mismo nombre, es decir, el mismo valor da Dios á las cosas que no son que á las que son. En su estimación el deseo equivale á la ejecución. Haz hoy un firme propósito de no omitir cosa alguna de todas las que Dios te pide. Por más ligeras, por más menudas que te parezcan las obligaciones de tu estado, por pequeñas que se te representen las reglas de tu profesión, sé sumamente fiel y exactamente puntual en observarlas, en hacer todo lo que Dios te pide. En esto consiste el arte, y por decirlo así, el secreto de ser Santo. No es pequeña cosa ser fiel en las cosas pequeñas. En el servicio de Dios nada hay pequeño.

2 Forma desde luego una gran idea de la santidad y de todo lo que contribuye á hacernos santos. Acaba de persuadirte una vez para siempre, á que no hay grandeza, no hay sabiduría, no hay prudencia, ni aun hay siquiera buen juicio sino en la santidad, y á que no hay hombre de verdadero mérito, verdaderamente sabio, verdaderamente capaz, ni verdaderamente estimable aun en el aprecio del mundo, sino el hombre virtuoso y verdaderamente cristiano. Nuestra estimación se ha de medir por la que Dios hace de las cosas: lo que Dios condena, lo que reprobaba y lo que desprecia, nunca puede ser estimable, ni me-

recer nuestra aprobacion. Habla siempre en este concepto y sobre este sistema, dando las mismas lecciones á tus hijos y familia. Nada perjudica mas á la salvacion, que infundir en la gente moza ideas contrarias á estas máximas y á estas verdades de nuestra religion. Por lo comun no oyen apreciar, engrandecer, ni envidiar sino las grandezas humanas, las brillantes aparentes, y todo lo que deslumbra los ojos: ¿qué maravilla, si acostumbrado su tierno corazon á apacentarse de estas vanidades, no estiman despues sino aquello que causa su perdicion? Esta advertencia es de la mayor importancia. No la olvides jamás, y aplica todos los medios posibles para ser Santo: esta es la mayor fortuna que puedes hacer.

DIA XVI.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES RUFINO, MARCOS, VALERIO Y SUS COMPAÑEROS, en el Africa. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES ELPIDIO, MARCELO, EUSTOQUIO Y SUS COMPAÑEROS, en el mismo dia; de los cuales Elpidio, que era del orden senatorio, habiendo confesado con la mayor constancia la fe de Jesucristo, en presencia de Juliano Apóstata, primero fué atado como sus compañeros á la cola de caballos sin domar, los cuales le arrastraron, y últimamente murió quemado, consumando gloriosamente su martirio.

SAN EUQUERIO, obispo y confesor, en Leon de Francia, varon de fe y admirable saber: siendo del orden senatorio prefirió la vida y hábito religioso, encerrándose voluntariamente en una cueva, donde permaneció mucho tiempo sirviendo á Cristo con oraciones y ayunos, hasta que por revelacion de un ángel fué solemnemente promovido á la silla episcopal de aquella ciudad. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN FIDENCIO, obispo, en Padua. (Directamente de los mismos discipulos de los apóstoles aprendió la ciencia de la verdadera religion, quienes despues de conferirle los sagrados órdenes, le enviaron á predicar el Evangelio. Murió por los años de 166.)

SAN EDMUNDO, obispo y confesor, en Cantorbery de Inglaterra; el cual siendo desterrado por defender los derechos de su Iglesia, murió santamente en Provins, villa de Senois: y fué canonizado por el papa Inocencio IV. (*Véase su historia en las de hoy.*)

LA DICHOSA MUERTE DE SAN OTMARO, abad, en el mismo dia. (Hizo-se ilustre en la Recia en el siglo VIII, siendo modelo de penitentes: no comia mas que una vez cada dos dias, y solo pan y agua. Murió en la paz del Señor por los años de 738.)